



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 301 – 31 de octubre de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Adiós, amigos...**, *Emilio Álvarez Frías*
2. **...y en mi corazón, Arriba**, *Manuel Parra Celaya*
3. **Me dan asco**, *Arnaud Imatz*
4. **La guerra por otros medios**, *Gonzalo Cerezo Barredo*
5. **Ahora debe empezar la reconquista**, *José Javier Esparza*
6. **La ofensa intolerable a la nueva España posible**, *Hermann Tertsch*
7. **Los 80**, *Eugenio Rey Veiga*
8. **Adoctrinamiento totalitario**, *Jesús Laínz*
9. *La balconada*, *Sertorio*
10. **El día que Mayor Oreja desarrolló el 155**, *Ángel Pérez Guerra*
11. **La Isla del Encanto, necesita ayuda**, *Honorio Feito*

I

Adiós, amigos...

Emilio Álvarez Frías

Se consumó la tropelía. Como somos gente normal y corriente, imaginábamos que el desenlace iba a ser como ha sucedido. Los políticos le dan muchas vueltas a los asuntos que quieren tratar o que prefieren eludir para no mojarse, pensando que los de enfrente son retorcidos como ellos, y lo son, pero desde fuera se les ven las intenciones, y a veces las entrañas, a unos y otros, con bastante claridad. Lo que hay que lamentar es que todo empezó allá por el año 2000, como dicen los investigadores, cuando don Jorge Pujol hizo el oportuno plan al respecto, plan que, al parecer, sus seguidores han ido llevando, día a día, sin que a quien correspondía cortara por lo sano cuando era más fácil. Por eso se ha llegado al punto álgido de proclamar la República Catalana el 27 de octubre pasado. Ahora toca deshacer el embrollo, lo que va a costar lo suyo, con broncas, detenciones, manifestaciones, huelgas, enfrentamientos, etc.

Y aquí, en este punto, dejamos la *Gaceta*. Nos habíamos comprometido a sacarla adelante, y consideramos que 300 números son suficientes.

Sentimos enormemente despedirnos de cuantos amigos nos han seguido durante estos dos años y medio. Ellos nos han prestado su colaboración facilitándonos información y artículos, así como dándonos ánimos para seguir, haciéndonos percibir su fidelidad número tras número. Ejemplo de ello son los dos correos recibidos estos días:

«Acabo de recibir (y devorar) el número 300 de la *Gaceta* dedicado a la memoria de José Antonio en este 84 aniversario de la Fundación de Falange que se avecina. Te confieso que, por momentos, se humedecían los ojos al leer tu conmovedor testimonio (sobre todo el relato de tu infancia) y el de los otros colaboradores. Lis y yo te agradecemos muchísimo por habernos invitado a sumarnos a este homenaje y,

de este modo, poder aportar dos voces argentinas, bien que modestas pero muy sentidas.

Durante buena parte de la tarde estuvimos viendo TVE: las sesiones simultáneas en el Senado Español y en el Parlamento Catalán. Dios mío, qué tristeza al ver tanta frivolidad, tanta retórica vacua, tanta apelación a la democracia y ni la menor mención a la historia y a la misión de España. ¡Qué falta hace hoy una voz como la de José Antonio!, nos decíamos.

Bueno, pero al recibir la *Gaceta* se nos expandió el alma. José Antonio está vivo en hombres que como ustedes perpetúan tan dignamente su legado y su pensamiento. Todavía es posible soñar con nuevas primaveras...

Recibe un fuerte abrazo.

Mario»

(Cardiólogo, profesor de universidad. Argentina)

«Acuso recibo al número 298, muy bueno en todos sus artículos... Por acá los retransmito a Almirantes que me los han solicitado cuando se los comento...

Enrique»

(Almirante, México)

Nos gustaría continuar, pues la vocación y el compromiso con nosotros mismos nos impele a ello. Pero nos marcamos un tiempo, y ese tiempo ya se ha cumplido.

Y lo dejamos cuando el panorama español se percibe interesantísimo, la lucha por intentar encontrar una España mejor, más segura, más honesta, con los valores recuperados, va a estar en su apogeo.

Un fuerte abrazo y esperamos encontrarnos en cualquier otro momento.

Nos vamos tristes acompañados hoy de un botijo de cerámica turolense, por la que sentimos una especial atracción.



2

... y en mi corazón, *Arriba*

Manuel Parra Celaya

Por fin se oye gritar, sin miedos ni complejos, *Viva España* por las calles y plazas de Barcelona, y ese grito se transforma en clamor por las de toda la geografía española y más allá de ella. Parece que el patriotismo ha revivido en las gentes, que hasta ahora solo se atrevían a expresarlo públicamente con ocasión del júbilo provocado por un triunfo deportivo.

Esa invocación, acompañada por el ondear de banderas rojigualdas, había sido puesta en sospecha por la *ingeniería* del Sistema y por la necesidad del propio Régimen político; como quedaba muy tontorrón gritar *Viva el país* y muy redicho *Viva el Estado español*, los ciudadanos se limitaban a dejar en las trastiendas de su corazoncito cualquier efusión patriótica y se contenían de declararla en alta voz.

La explosión del separatismo en Cataluña -ni prevista ni controlada por quienes tenían la obligación de velar por ambas cosas- levantó la veda, y son multitudes las que, en este momento, en cualquier rincón, exigen que su patria siga viva y en unidad de sus tierras y de sus gentes.



¿Basta con ello? Por supuesto que, ante un incendio, lo primero es apagar el fuego y evitar que se propague; y no seré yo -ni creo que ningún español bien nacido- quien critique a mis compatriotas en su despertar como tales, con sus invocaciones, con sus improvisados cánticos esperanzados a ritmo de pasodoble de Manolo

Escobar y, sobre todo, con su ausencia de odio y, al contrario, de amor a Cataluña con el *no estáis solos*.

No obstante, en mi interior vislumbro que nos esperan más días presididos por la mediocridad y la componenda, para que se prolongue indefinidamente una situación; y, en ese mi interior, que es mi armario, no quiero quedarme en la complacencia: no es suficiente que España siga *viva*, sino que supere las visiones alicortas del presente y dé pasos para elevarse sobre sí misma, *sobre las puntas doradas de sus pies*, como le decía el Poeta a su Amada. Por eso, me repito a mí mismo, tras el sencillo *viva*, el *arriba España*, esa genial creación del regeneracionista Macías Picavea, precedida del *sursum corda*, y que heredó e hizo juvenil nuestro José Antonio Primo de Rivera.

Me dicen que esa es una expresión *fascista* (y me respondo en soliloquio descarado: *Mientras no me llames lo que eres tú...*). ¿Es achacable al *fascismo* el deseo de que un enfermo querido no se limite a malvivir, sino que recupere la salud y salte de la cama donde está postrado? Porque España languidece en su hospital, atendida por curanderos durante demasiado tiempo; y a su mal lo han llamado los verdaderos médicos *el problema de España*, una de cuyas vertientes en la existencia de la insolidaridad y del particularismo secesionista.

Aprendí el *arriba España* en mi niñez, bajo la lona y al aire libre, y lo entendí perfectamente en mi juventud, que es cuando la razón se va imponiendo al simple impulso y los Ideales encuentran su lugar en la mente y en el alma para configurar un modo de vivir, de pensar y de hacer. Ya por aquellas calendas, no solo apliqué el *arriba* superador a mi patria, sino que lo ensanché con un *arriba Europa* de un olvidado libro de Thiriart que descansa en mi biblioteca (y cuya portada, por cierto, está rasgada por una carrera ante los *grises...*).



No he olvidado, por tanto, que *arriba* es más que *viva*; y en estos días me gusta repetirme en mi corazón y en mi entendimiento el *arriba Cataluña*, *arriba España* y *arriba Europa*, como una silente pedagogía para los compatriotas que me quieran auscultar, ya que ellos, por fin, han situado entre sus inquietudes y sus esperanzas el nombre de España.

3

Me dan asco

Arnaud Imatz

¡Qué desastre tan terrible por culpa de secesionistas irresponsables y fanáticos! Aquí en Francia lo que más me duele es oír los comentarios de supuestos «expertos» o «especialistas» que no saben nada. Solo me gustaría preguntarles lo que opinarían los partidos franceses, rectifico «todos los partidos franceses» al declararse secesionista los Pirineos Orientales (Rosellón), Córcega, País Vasco, Bretaña, Alsacia, etc. ¿Especialistas? No, una pandilla de periodistas hipócritas e imbéciles, personas completamente cerradas de mente. Me producen asco, nausea, repugnancia.

4

La guerra por otros medios

Gonzalo Cerezo Barredo

No soy yo quien lo dice, sino Carl von Clausewitz (*De la Guerra*, Madrid, 1999) que de estas cosas sabía un poco más que los opinadores profesionales y tertulianos al uso que nos

abruman. «La guerra es la continuación de la política por otros medios....».

Desde el referéndum del 1 de octubre, venimos hablando hasta el agotamiento del problema catalán. Y es que nadie parece comprender que Cataluña más que un problema es una anomalía histórica.

Halcones y palomas (bien podría decirse hispano-testiculares y buenistas) se disputan el protagonismo de la actualidad. Está estupendo sacar a relucir las espadas cuando es necesario el diálogo. ¿Para qué?

Al fin alguien parece haber comprendido que es la hora de los políticos. El diálogo es imposible cuando nuestro interlocutor quiere conseguir el 100% de sus objetivos y no deja margen a ninguna otra alternativa. Eso no es un diálogo, es un chantaje.

Por otra parte dialogar no siempre garantiza el éxito. Chamberlain se equivocó en el pacto de Munich (1938). Napoleón, pese a sus muchas victorias, acabó enfangándose en España y Rusia, no obstante su portentoso e imaginativo talento político.

Aun así, aun dejando a Europa sembrada de cadáveres, nos legó la Piedra de Rosetta y el Código Civil, madre de todos los códigos, y algunas frases imperecederas que no deberíamos olvidar. Entre ellas «a mis generales solo les pido suerte», o «solo hay tres cosas indispensables para ganar una guerra: dinero, dinero, y dinero». O también «las bayonetas sirven para muchas cosas, pero uno no se puede sentar sobre ellas». Contrariamente, los políticos reunidos en Westfalia (1648) o en el Congreso de Viena (1814-1815) consolidaron la paz europea para muchos años.



En el siglo V a.C., Sun Tzu ya nos advirtió que no debe entrarse en guerra sin considerar antes los recursos disponibles y las consecuencias posteriores. El Evangelio nos recuerda que un Rey prudente no entra en guerra con su enemigo si no está seguro de vencerle. En caso contrario, nos dice, le enviará emisarios antes del combate para negociar la paz. (Lucas 14). ¿Es que después de tantos años no hemos aprendido nada?

Naturalmente, esperar a las armas como «última ratio» no las excluye. («Si hay que ir se va»). Pero en democracia el arma suprema es la ley. Sin agotar todos los medios legales y políticos que prevé nuestra Constitución, las bayonetas deben permanecer en su vaina y los tanques en su acuartelamiento. Todas las constituciones modernas tienen «su artículo 155» y hasta la tan «añorada»

República suspendió durante dos años el Estatuto de Cataluña después de la surrealista proclamación por Companys (1934) de una república catalana independiente dentro del Estado español (?).

El artículo 155 de la Constitución resultaba ya inaplazable. Inexcusable.

Por otra parte acusar a Rajoy de negligencia y cobardía (o de fumarse un puro mientras se liquidaba a España), es una demasía cuando no un disparate. Como si Churchill o Fidel no se los fumarán enfrentándose cada uno a su manera a las tremendas circunstancias de su tiempo y a las diferentes coyunturas políticas, incluida la guerra, de sus respectivos países). Obviamente, esto no significa que a lo largo de todo este proceso, antes, ahora y en lo que pueda suceder en el próximo futuro no haya habido o puedan cometerse errores. De cálculo, de oportunidad, de valoración de los tiempos y circunstancias, de omisiones injustificadas, de pedagogía política y de la otra, de estrategia... Sería demasiado esperar de los políticos una infalibilidad imposible. Contentémonos con que hagan lo que tienen que hacer aunque sea tarde o mal. Las elecciones están, entre otras cosas, para juzgarlos. Analizarlos seriamente comportaría una tarea que no puede despacharse brevemente en un artículo. Pienso que ni siquiera es el momento. Llegará, sin duda, pero será imposible sin disponer de una perspectiva. Lo peor o lo mejor está por llegar.

Algo ya se puede señalar: Las urnas –ya convocadas–y una profunda reforma de la Constitución se presentan en el horizonte como inevitables.

Algo más: Los primeros «daños colaterales» saltan a la vista. Sin embargo y aunque menos subrayados, dos aparecen también beneficios con laterales. La normalización del mapa político con redimensionamiento a menos de algunos partidos marginales a pesar de su fulgurante entrada en escena, es uno de ellos. La fuga de empresas y capital humano, mala para la región catalana en principio, es buena para la unidad de mercado y la economía española en su conjunto.

Y lo más importante: se ha redescubierto el patriotismo. Vilipendiado tras la saturación sobrevenida durante el largo mandato de Franco, hemos encontrado que «todavía estaba allí» y vale para algo más que salir a la calle ondeando banderas españolas tras los éxitos futbolísticos de nuestro país. Los españoles se han topado de buenas a primeras consigo mismos. Da gloria ver los balcones de nuestras calles y plazas llenos de colgaduras con los colores nacionales y a la gente –cruzando, en su transversalidad, toda barrera ideológica o partidista– expresar sin rubor ni complejos el orgullo de pertenecer a uno de los grandes pueblos de Europa y el mundo.

John F. Kennedy, antes de alcanzar la presidencia de los Estados Unidos, escribió *Profiles in courage* (1955), homenaje a los ilustres compatriotas que en momentos cruciales de la historia de su país no habían dudado en enfrentarse a las adversas circunstancias y a la opinión pública para defender sus políticas. Sé que lo que voy a añadir no me va a granjear muchas simpatías. ¡Qué le vamos a hacer! Si hoy incluyera en su volumen personas de otros países y de nuestro tiempo muy probablemente incluiría entre ellos a... Rajoy.

5

Ahora debe empezar la reconquista

José Javier Esparza (*La Gaceta*)

El portavoz de la CUP dijo en la sesión insurreccional del Parlamento de Cataluña que el sistema de 1978 acaba de morir. Es verdad. La declaración de independencia no es un mero asunto de orden público, un atropello reglamentario, una simple infracción legal. Todos sabemos –empezando por el propio gobierno catalán– que el proceso separatista ha sido ilegítimo e ilegal desde su comienzo hasta su desenlace, pero eso ahora, aunque importante, es secundario. Lo verdaderamente relevante es esto otro: una región de España gobernada desde 1978 por oligarquías privilegiadas plenamente instaladas en el sistema, con abundante financiación pública e innumerables canonjías privadas, ha roto el armazón político del país. Previsiblemente, el mismo camino intentarán seguir otras regiones donde, igualmente, estos cuarenta años de gobierno autonómico han servido para que las oligarquías locales construyan su propio espacio nacional. Así muere un sistema que se construyó, precisamente, sobre la base del reparto de poder.

Porque el sistema que ha venido vertebrando la democracia española en los últimos cuatro decenios consistía precisamente en eso: cultura del «consenso», entrega deliberada del poder local a los nacionalistas regionales, entrega del poder sindical a las centrales de partido, dos grandes partidos de estabilización (conflictiva), colusión frecuentemente indecente de los poderes político y económico (y mediático), control partidocrático de la Justicia, generación de estructuras clientelares de poder por todas partes, etc. El Sistema de 1978 no ha buscado nunca el afianzamiento de la nación española, sino que su



objetivo ha sido siempre mantener el propio sistema. En nombre de ese juego de equilibrios se aceptó que entraran en el reparto fuerzas políticas cuyo fin último era la destrucción del propio sistema. Era una estrategia que forzosamente tenía fecha de caducidad. Alguna vez tenía que llegar el día. Ya ha llegado.

El Sistema de 1978 ha muerto y, con él, la forma de nuestro Estado. Ahora hay que recoger los platos rotos. Seguramente lo más urgente es tratar de recomponer la situación con los instrumentos vigentes, que los hay. Pero el objetivo de fondo ha de ser otro. En el famoso «Delenda est monarchia» de Ortega se lanzó aquel grito de «Españoles, vuestro Estado ya no existe, ¡reconstruidlo!». Hoy estamos en esa situación. Nuestro Estado ya no existe: se basaba en la presunta lealtad de unas fuerzas políticas que lo han traicionado y en unos equilibrios de poder que se han venido abajo con estrépito. Lo que sigue existiendo es la certidumbre histórica de una comunidad nacional española y el sentimiento popular de nación, el sentimiento de patria, que hoy ha florecido de manera inesperada. Sobre esa base hay que volver a empezar.

Es imprescindible y urgente una refundación nacional de la democracia española. Eso quiere decir lo siguiente: que la nación –su integridad, su unidad, su soberanía, su independencia– vuelva a ser el referente del Estado. Hay que dismantelar todo el aparato de disgregación y fragmentación de España construido a lo largo de cuarenta años –en la educación, en la comunicación, en el poder local, en la propia vida cotidiana de los ciudadanos– y hay que afianzar los instrumentos materiales de soberanía de la nación española en la economía, en la Justicia, en la Administración, en la cultura, en la milicia... Hay que recuperar para la soberanía nacional tanto lo que se ha perdido por abajo, por la fragmentación autonómica, como lo que se ha perdido por arriba, por la cesión a instancias transnacionales que, al margen de otras consideraciones, están vaciando al Estado de razones para existir. Para empezar, es prioritario dar cauce a fuerzas políticas que estén dispuestas a asumir el compromiso de esa refundación nacional y popular de nuestra democracia. Por así decirlo, hay que recoger esas banderas que por todas partes amanecen y darles una misma dirección. Ahora, en fin, debe comenzar la Reconquista.

6

De la ofensa intolerable a la nueva España posible

Hermann Tertsch (ABC)

Tanto tiempo hace que España tolera lo intolerable y pretende que nada que se haga y diga en su ofensa y oprobio tiene importancia que habrán sido muchos los españoles que hayan visto el dantesco esperpento del parlamento catalán como un mero espectáculo político más. Pero para otros muchos españoles la verbena de bajeza e iniquidad de ayer, retransmitida por todas las televisiones públicas y privadas con asepsia cuando no simpatía, ha supuesto uno de los peores insultos sufridos en la vida. Ha sido la confirmación irrefutable de que se ha llegado al límite de lo que se quiere y puede tolerar. Y ni las amenazas de unos ni la cobardía de otros van a arrastrar a esos españoles a considerar jamás aceptable ni asumible lo que se hizo ayer, se hace ahora y se pretende hacer por parte del separatismo en Barcelona. Por eso la reacción de muchos ante las infames escenas de ayer ha sido la reafirmación de su creciente convicción de que ha llegado la hora de acabar con el separatismo como opción política. Emulando así a todos nuestros aliados y vecinos. Somos los únicos que aceptamos en el sistema a las fuerzas nacidas para destruirlo. Es una extravagancia que, ahora se ha demostrado, tampoco nosotros nos podemos permitir.



Con esa convicción se han movilizado millones de españoles en las pasadas semanas en la expresión más completa, espontánea y libre de la nación en muchas décadas. Ahora se trata de que esa nación española que se ha puesto en marcha adquiera forma de expresión política. Y de imponer a los principales partidos políticos esta máxima prioridad de una agenda nacional que la sociedad ha asumido ya ante el vendaval de agresiones, humillaciones y ofensas siempre sin respuesta y sin defensa para los agredidos. Ahora se trata de articular políticamente a los españoles en Cataluña como en Andalucía, en Extremadura como en Galicia y en Castilla como en el País Vasco o Madrid. Pese a tantos años de desidia y miseria moral en las cesiones de soberanía a los nacionalismos, hay masa crítica en España para hacer un país mejor con mejor gobierno, mejor administración, mejores jueces, mejores empresarios y sobre todo mejores personas que no se dejen engañar y estén dispuestos a decir la verdad.

Si los partidos no logran sofocarlos como pretenden, estos nuevos vientos de conciencia española pueden cuajar en un movimiento que haga de España ese país con Nación y con Estado –no administración hinchada, Estado–. Y que garantice que nadie pone sus sucias manos sobre su soberanía, integridad y unidad. Para eso hacen falta muchas reformas. Ya habrá tiempo para que el separatismo compruebe que toda su fiesta de ayer fue en balde. La patulea de 70 cobardes, que no son capaces ni de dar su nombre en la votación de lo que pretenden es la creación de esa patética farsa del nuevo estado, no hacen ni deshacen España.

No preocupa el enemigo cuya bajeza y cobardía quedó ayer bien demostrada. Preocupan «los nuestros» que a veces son difíciles de reconocer. Preocupa sobre todo la falta de interés por imponerse por parte del Gobierno. La que se volvió a ver ayer cuando Mariano Rajoy vino a decir que 155 deprisa y corriendo y en siete semanas elecciones para pasarle el mochuelo a quien sea. A quien sea que será, en caso de que se presente, previsiblemente un separatismo unificado. Hoy se le puede exigir al Gobierno de un país del Primer Mundo que se imponga a un grupo de facinerosos por cuantiosa que sea su clientela e intenso que sea el fanatismo de sus seguidores. Se le puede exigir que se imponga porque es la única forma de defender a los españoles amenazados por los separatistas. Y evitar que la enfermedad que arrasa en la sociedad catalana se contagie a unos puntos de la geografía española. Defender a sus ciudadanos de unos peligros tan inmediatos y graves es la primera obligación de un gobierno. Es difícil por ello de soportar esa jactancia oficial permanente que pretende que todo está y estuvo bajo su control. Porque en todos estos pasados años ha sido mentira. Porque en las últimas semanas el Rey ha desmentido dos veces a este gobierno y dejado claro con la fuerza de la verdad incontestable que este gobierno no ha controlado nada en Cataluña. Es absurdo pretender que el gobierno controlaba la situación porque si hubiera sido así es que habríamos llegado a esta situación por voluntad de Rajoy. Y eso no es así.

Ahora dice Rajoy que va aplicar unas cuantas medidas contra unas cuantas personas y convoca a unas elecciones autonómicas en Cataluña para dentro de siete semanas. Todo ello sin intervenir los grandes medios de manipulación y agresión del régimen separatista como es TV3 y su entramado de organizaciones, medios y publicaciones. Se lanza a la aplicación del artículo 155 como si le quemara ese instrumento legal más a él que a los enemigos del Estado. Da la impresión una vez más de que este Gobierno no quiere ganar. De que lo único que desea es dar garantías a los nacionalistas de que van a sobrevivir a este terremoto patriótico en España. Y de que van a frustrarse todos los esfuerzos y sueños de quienes ven en la reacción a la agresión separatista a la unidad nacional las bases de una nueva España que supere complejos debilidades y corrupción de los pasados cuatro décadas. Existe no solo la oportunidad de impedir que destruyan España. Estamos en la gran ocasión de fortalecerla, como reza el lema usado por la Fundación Villacisneros para una célebre serie de



conferencias en Madrid que han abarrotado inmensas salas, existe. Quienes no tengan otra ambición que volver al punto de partida de esta crisis y esperar a una nueva agresión separatista en un año o dos, esos deberían irse.

7

Los 80

Eugenio Rey Veiga

Vivimos días difíciles, en los que la incertidumbre sobre el futuro gravita sobre nuestras vidas pendientes de las decisiones de unos o de otros. Una retrospectiva a la historia muestra la recurrencia de hechos que alteran la normalidad o estabilidad de las cosas en períodos de tiempo. Desde un plano de observación estática, las alteraciones, en muchas ocasiones se originan de forma continua, aunque imperceptible al observador. Cuando éstas alcanzan una masa crítica lo suficientemente grande se origina una reacción en cadena de tal forma que se precipitan y aceleran a una velocidad insospechada y frecuentemente consiguen sobrepasar la capacidad de reacción. Pero esta percepción de rapidez en las cosas de los humanos, cuando se produce esa lógica reacción, –que en Física es el principio de la fusión (unión, integración) nuclear–, cuyas consecuencias prácticas, llevadas al extremo, son conocidas en la historia reciente.



En 1852, Frédéric Bastiat, en su opúsculo *La Ley*, señalaba: «La ley es la organización colectiva del derecho individual de legítima defensa». Para el autor de este modesto trabajo, lego en Jurisprudencia, aunque se supone dotado de cierta capacidad analítica y modesto conocimiento de la historia, Bachiller del Plan de 1957, gallego y residente en Cataluña desde

1962, y a la vista de la situación actual de esta Comunidad Autónoma, en una breve retrospectiva ha llegado a una conclusión. Y no es otra que la que encabeza este artículo: 80.

Dándole vueltas al tema, la conclusión es la siguiente: 80 años es el período medio necesario para generar la masa crítica en Cataluña para dar la tabarra al resto de España. De la sublevación de 1640 a la guerra de Sucesión en 1714: 84 años. De 1714 a 1898, pérdida de Cuba, 84 años. De 1898 a 1934, proclamación de la República catalana, –de efímera existencia, 24 horas– y aquí surge la excepción, transcurren 36 años. Pero de 1934 a 2017, transcurren 83 años. Haciendo la media aritmética en el período de tiempo contemplado, se llega a concluir que el tiempo medio que necesita Cataluña para alcanzar la masa crítica y tratar de fisionar (romper, escindir) España es de 80 años.

80 años es el espacio temporal descrito por Kondratieff, conocido por economistas y demógrafos, entre otros, para explicar los ciclos recurrentes en el ámbito económico y tratar de anticipar escenarios. Se trata de unos ciclos, denominados largos, que están modulados, o superpuestos, por otros más cortos, que siguen un modelo sinusoidal y que se producen en aproximadamente ese período. El primer referente en la historia moderna es el derrumbe económico de Wall Street en la década de 1920, al que siguió el reciente de 2008, y del cual la economía –y la sociedad en la que se mueve– comienza a recuperarse.

Desde un plano político, con consecuencias en lo social, desde la Transición han transcurrido 39 años –la mitad de un ciclo de Kondratieff–, un período en el que la dejación del Estado en Cataluña, al no supervisar el área de Educación, entre otros aspectos, ha conducido a este estado de cosas; amenaza de secesión, previa conculcación de la Ley. Sus autores materiales son en su inmensa mayoría el fruto de una política de cesiones que han debilitado la estructura y el concepto de Estado. Los representantes políticos en el parlamento catalán son, en su inmensa

mayoría, los primeros educandos en el fanatismo y en el odio; individuos de 30-35 años que, además, forman parte de los cuadros de decisión en los ámbitos empresariales, sociales, políticos y educativos. En paralelo, y en la Cataluña de nuestros pecados, la Iglesia Católica, en innumerables parroquias, fundamentalmente urbanas, el virus del separatismo fue inculcado a los jóvenes «scouts» de forma simultánea a estimular su espíritu de aventura, que los convirtió en «Minyons de Muntanya», una forma de separatismo enmascarado bajo la impecable pátina de los auténticos «scouts de España» creados por Baden Powell.

Puesto que es un reflejo importante de la sociedad española de hoy, este déficit es también extrapolable a una gran parte del Congreso y el Senado, víctimas también, de un modelo educativo, al que Federico Jiménez Losantos, en su columna de *El Mundo* de hoy, 25 de octubre del presente, retrata con una frase tan acertada como letal: «el Senado español está más poblado de iletrados y necios que de catones en cualquier edad».

Además, muchos políticos estrechan el idioma y lo retuercen hasta lo inaudito; hasta el atropello, hasta vaciar de sentido sus exposiciones; cuando prometen o afirman lealtad mientras, negociando, traicionan. Estos sucesivos mediocres han conducido a la España actual. Han desdibujado el concepto de Nación, como marco supremo de convivencia material y espiritual y lo han vaciado de contenido.



En este sentido, y ante la ejecución del, para los «progres», denostado 155, cabe apuntar la muy oportuna frase que recoge la sentencia del TC que anula la Ley del Referéndum: «Un poder que niega expresamente el derecho, se niega a sí mismo como autoridad merecedora de acatamiento». Para el autor de este texto, lego en Derecho, se aplica la lógica. Se aplica lo que entiendo podría definirse como el principio de la Jerarquía normativa del derecho, que es un estadio superior al derecho de voto.

Así pues, ante un panorama económico, que cuando se escribe este artículo, se registra la deslocalización de empresas que suponen un 30% del PIB de la región –y hay que recordar que estamos en un ciclo económico ascendente– sus consecuencias ante un próximo ciclo menos favorable, incidirá de forma muy negativa en la economía y bienestar de la región a muy corto plazo.

En consecuencia, urge la implantación inmediata del orden, sin tapujos ni cesiones. Los culpables políticos de lo ocurrido en Cataluña deben rendir cuentas y ser apartados de las instituciones, no como medida de gracia, sino como corolario lógico. Restablecido el orden, el Estado deberá dedicar horas extras para revertir 40 años de absentismo. Y perseverar en el empeño con la vigilancia debida otros 40. Europa también apoya.

8

Adoctrinamiento totalitario

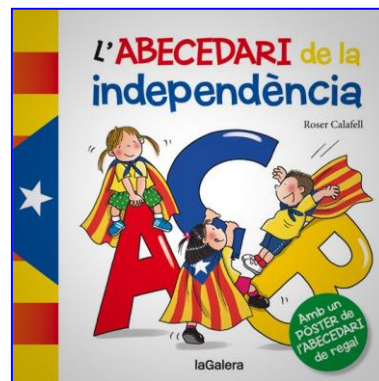
Jesús Laínz (*Libertad Digital*)

Es muy vieja la sentencia que distingue a los hombres de partido de los hombres de Estado en que mientras que los primeros actúan pensando en las próximas elecciones, los segundos lo hacen pensando en las próximas generaciones. Por eso los totalitarios de cualquier signo, incluidos los aparentemente democráticos –que también los hay y son los más peligrosos precisamente por su habilidad para camuflarse entre las urnas–, llevan en su naturaleza,

marcado a fuego, el gusto por lavar el cerebro de las masas. No mendigan un voto efímero y provisional, sino que siembran para que el apoyo a su bando se perpetúe.

Éste es el motivo del éxito de nuestros totalitarios patrios, los nacionalistas vascos y catalanes y sus imitadores en cualquier otro rincón de España, que nunca han tenido enfrente a ningún gobernante nacional, ni de izquierdas ni de derechas, con la talla personal e intelectual suficiente para darse cuenta del gravísimo problema que aquéllos representan.

Desde su nacimiento hace un siglo largo, tanto los nacionalistas vascos como los catalanes tuvieron muy claro que sin el adoctrinamiento de los niños no tendrían nada que hacer. Lo explicaron sus ideólogos con todo lujo de detalles en multitud de textos librescos y periodísticos que este humilde escritor ha citado tantas veces en los suyos que no cometerá la descortesía de repetirlos de nuevo.



Por lo que se refiere a Cataluña, Macià, Companys y sus secuaces tuvieron la oportunidad de empezar a poner manos a la obra durante aquella malhadada República que sigue presentándose como modelo de democracia. Un ejemplo entre mil: el periódico *¡Nosaltres sols!* explicó el 14 de noviembre de 1931 sus propuestas para conseguir el apoyo mayoritario de las nuevas generaciones:

La única solución sería la de instruirlos, algo casi imposible si pasan de la treintena: árbol que creció torcido, difícilmente se endereza. Pero si de las generaciones de ahora no podemos esperar gran cosa, ¿cabe pensar lo mismo de las que llegan y las que vienen? Los niños y los jóvenes son dúctiles como la cera, y adoptan la forma que se les quiera dar.

Pero llegó la guerra y la derrota de los separatistas, por lo que tuvieron que esperar cuarenta años para poder continuar con su estrategia a largo plazo. Y, efectivamente, no tardaron en poner manos a la obra con la tenacidad que caracteriza a todo fanático. Apuntalada por los crímenes etarras –incluidos, en aquel trascendental verano de 1979, el asesinato frustrado de Gabriel Cisneros y la oportunísima matanza del hotel Corona de Aragón disfrazada de accidente–, la insistente reclamación de las competencias educativas durante las negociaciones constitucionales y estatutarias no fue un capricho sin importancia. Pues junto con el control de los medios de comunicación, la utilización de la escuela ha sido el principal objetivo de unos catalanistas muy conscientes de que la educación de los niños es el camino más eficaz para conseguir que las siguientes generaciones asuman determinadas doctrinas como una parte más de su formación, aparentemente tan neutral y objetiva como las matemáticas o la química.

Basta con recordar el documento interno de Convergència i Unió que sacó a la luz *El Periódico de Cataluña* el 28 de octubre de 1990, en el que se desarrollaba minuciosamente el programa totalitario de nacionalización impulsado por el Gobierno de Pujol, motivo más que suficiente para haber aplicado el artículo 155 ya en aquel entonces. Por lo que se refiere al apartado dedicado a la educación, establecía como principal objetivo el de «impulsar el sentimiento nacional catalán de los profesores, padres y estudiantes». Y como actividades fundamentales se fijaban las siguientes:

Elaboración de un plan de formación permanente y de reciclaje del profesorado que tenga en cuenta los intereses nacionales; catalanización de los programas de enseñanza; promover que en las escuelas universitarias de formación del profesorado de EGB se incorporen los valores educativos positivos y el conocimiento de la realidad nacional catalana; reorganizar el cuerpo de inspectores de forma y modo que vigilen el correcto cumplimiento de la normativa sobre la catalanización de la enseñanza. Vigilar de cerca la elección de este personal; incidir en las asociaciones de padres, aportando gente y dirigentes que tengan criterios nacionalistas; velar por la composición de los tribunales de oposición.

Un cuarto de siglo después se constata que la aplicación del programa ha sido esmerada y sus resultados, más que satisfactorios: el sistema educativo catalán es una eficacísima fábrica de nacionalistas. No hay más que ver las encuestas: ¿a qué se deberá que el porcentaje de voto separatista aumente notablemente según se desciende en edad? ¿Al cambio climático? ¿A algún ingrediente del Cola Cao? ¿A Franco?

Los testimonios y las evidencias se cuentan por miles, por lo que sobra mencionarlos. Basta un breve paseo por Youtube buscando las palabras adoctrinamiento, niños y Cataluña para hacer vomitar a un buitre.

¿Seguirán nuestros muy mediocres gobernantes negando la evidencia, atentando contra la decencia y desesperando a millones de españoles, sobre todo a las familias catalanas que lo tienen que sufrir en sus carnes y en las de sus hijos? ¿Seguirán sin darse cuenta de que, sin la extirpación radical y definitiva del adoctrinamiento totalitario, el famoso artículo 155 no habrá servido para nada y de que volveremos a encontrarnos con los mismos problemas de hoy, agravados y aumentados, dentro de muy poco tiempo? ¿Seguirán empeñados en no enfadar a los separatistas, esos chicos que merecen el respeto, el agradecimiento y el cariño de todos los españoles?



9

La balconada

Sertorio *(El Manifiesto)*

De nuevo se despiertan los demonios familiares de España: durante cuarenta años se nos había afirmado machaconamente que teníamos que ceder en todo lo que viniera de Cataluña –identificado dolosamente a la región con su cleptocracia– porque de lo contrario no haríamos más que «fabricar separatistas». Pues bueno, parece ser que la inteligente política de concesiones del régimen ha producido muchos más separatistas y mucho más radicales de los que Felipe V, Espartero, Primo de Rivera y Franco hayan creado. El producto de esta política esencial del régimen, pactada en el 77, confirmada en el 78, y jamás desmentida por los hechos, ha llevado a aquello que se pretendía evitar: otra edición de la balconada de Companys. De nuevo un liderazgo irresponsable y suicida en la Generalidad conduce a Cataluña y a España a la catástrofe. Uno de los pilares del edificio político mal cimentado en 1978 se ha venido abajo con estrépito.

Pocas oportunidades vamos a volver a tener de sanar el mal de raíz, pocas veces la torpeza del enemigo ha jugado tanto en nuestro favor. Si la caterva de traidores que gobierna la desventurada Cataluña hubiera esperado unos años más, los suficientes para que en España se hubiera formado un gobierno de coalición entre las izquierdas y los separatistas vascos, catalanes, navarros y otros de diverso pelaje, habrían tenido su referéndum, su concierto económico y hasta la independencia con las bendiciones del Congreso. Su falta de inteligencia, su frivolidad y el haberse tragado sus propias mentiras les han llevado a este callejón sin salida. Nuestra más grave falta sería dejarles salir de él.



Pero no nos engañemos, la intención de la oligarquía política es dejarles escapar indemnes. La ridícula escenificación en el Senado de la intervención de la Generalidad movería a risa si no

fuera por lo que la patria se juega en esta siniestra astracanada de picapleitos. ¿De verdad cree el Estado que este gravísimo problema se arregla convocando unas elecciones en dos meses? Evidentemente, no; es un simple plazo para negociar con los amos de Cataluña la mejor manera de reconducir la situación y arreglar una reforma constitucional a la medida del separatismo: una rendición pactada de España que culmine en la formación de un Estado libre asociado catalán, independiente en los deberes, pero español en los derechos.

Una intervención de verdad en Cataluña implicaría destruir el poder social del separatismo, sus fuentes de influencia económica, su nefasta acción en escuelas y universidades y su red clientelar de vasallaje político. El infame discurso sobre la educación en Cataluña del ministro Méndez de Vigo es un monumento a la baja política y un claro indicio de la nula voluntad de este Gobierno de defender la unidad de España. Lo que se busca desde el inicio de esta carnalada es un arreglo. Ojalá algún imprevisto de la Historia lo evite.

Hay que buscar el conflicto abierto e irreconciliable. Los traidores lo han tenido siempre muy claro y les está dando excelentes réditos políticos. Nosotros deberíamos aprender. El Gobierno y la oposición no resolverán esta crisis porque sus políticas y complicidades de cuarenta años les atan irremisiblemente al nacionalismo catalán y vasco. La oligarquía desea una vuelta al viejo orden, pero éste está saltando por los aires, se ha quebrado como un jarrón roto y nadie va a poder volver a juntar los pedazos. Pronto llegará el tiempo de pagar los destrozos: tomemos nota de quiénes son los responsables.

10

El día que Mayor Oreja desarrolló el 155

Ángel Pérez Guerra

Como ya se ha afirmado reiteradamente, si en algo parecen coincidir las dos mitades de la gran mayoría que ha gobernado España desde las elecciones de 1977 es en no tener la más mínima idea de cómo encarar la situación actual. Hoy por hoy, el único partido con representación parlamentaria que parece saber lo que conviene al país es el de Albert Rivera e Inés Arrimadas, los dos arietes dialécticos de la Nación española ante el secesionismo, si salvamos, claro está, a un gran Rey que ha marcado con pie firme el camino de la libertad para los españoles.

En el momento en que escribo estas líneas nadie sabe a ciencia cierta qué sea o deje de ser el artículo 155 de nuestra Constitución. Y no sólo porque la ciudadanía, en general, no se lo haya leído, sino porque es uno más de los cabos sueltos que en cuarenta años la llamada clase política no ha sido capaz de concretar. La pereza medrosa de los legisladores a lo largo de todo el reinado de Juan Carlos I y parte del actual es proverbial en lo que atañe a determinados puntos potencialmente conflictivos. Hemos pagado a miles de diputados y senadores para que dejen inconclusa una Constitución que a menudo entra en contradicción consigo misma. Ocurrió, y sigue ocurriendo, con la regulación del derecho a la huelga, que es como decir al trabajo. Los que realmente han aplicado este precepto constitucional han sido los «piquetes informativos», mientras los políticos miraban para otra parte. La crisis ha puesto las cosas en su sitio, lamentablemente, y ya estos agentes de la coacción están en retirada, salvo en Cataluña.



El artículo 155 es otro monumento a la desidia de los partidos con mando en plaza. De un momento a otro, alguien sacará la chistera y empezará a desgranar medidas (o no) que no están en ninguna ley porque nadie se atrevió nunca a desarrollar la norma fundamental. Pero sí hubo una persona que en un ya lejano día hizo los deberes. Tras su mesa del Ministerio del Interior

había una galería fotográfica muy amplia. Eran los compañeros de UCD en el País Vasco que ETA había ido eliminando uno a uno hasta sólo quedar él con vida. Jaime Mayor Oreja, hoy luchador perseverante por el derecho a la vida de los no nacidos, conocía como pocos el percal de las Vascongadas. Sabía qué era eso de «Euskalerría», cómo se había formado el nacionalismo vasco que Jon Juaristi describió tan bien en *El bucle melancólico*. Había nacido, crecido y sobrevivido en aquellos valles, entre muros de hormigón pintarrajeados con serpientes y hachas. Y era consciente de que el Estado español no se podía conformar con poner los muertos. Había que reaccionar. Y hacerlo legalmente, con la previsión constitucional en la mano. Harto de sangre, crimen y reivindicaciones de sacristía, él, humanista cristiano y centrista de pura cepa, comprendió que la Constitución sería papel mojado mientras no se pusiese por obra su plasmación en articulados orgánicos que hiciesen inútil el esfuerzo del nacional-terrorismo.

Cuanto relato no tiene certificación documental. Pero quien me lo cuenta, presente en el testimonio oral salido de la misma boca del personaje público, me inspira confianza y sobre todo las piezas encajan sin forzarlas. En cierta ocasión, el ministro quiso dejar hecho antes de marchar de vacaciones a Zahara de los Atunes, un borrador de ley que sirviera para hacer frente a cualquier contingencia que obligara a la aplicación de dicho artículo. Sabía que la improvisación está reñida con la eficacia, y en el caso que nos ocupa, con la paz. Quiso dejar el proyecto en manos de algunos miembros destacados del PP. En palabras de su promotor, «casi me echan del partido». Nadie en él quería ni oír hablar siquiera de la «bicha», que no era el símbolo de ETA sino el hacha jurídica y política que podría haber servido para descabezarla.

Este complejo -uno más- que aqueja a los dos partidos impulsores y beneficiarios de la transición, que es de la misma estirpe que la alergia a la bandera y al himno o a cualquier signo que nos identifique como españoles (ahí está el recurso descalificador al «patrioterismo»), y que, obviamente, hunde sus raíces en el freudiano «síndrome del posfranquismo», nos ha conducido a la encrucijada presente, que nos sitúa entre la espada de un Gobierno con poderes absolutos y la pared de un separatismo irreductible. Todo por no haber tenido el valor y la inteligencia de contribuir a que la Constitución fuera tan respetable como respetada -al igual que la Nación- sin que nadie pudiera llamarse a engaño o dilatar el cumplimiento del deber hasta el vertiginoso infinito en el que nos encontramos.

II

La Isla del Encanto necesita Ayuda

Honorio Feito

Apenas hace un mes Puerto Rico, y sus tres millones y pico de habitantes, sufrieron dos terribles pesadillas en forma de huracanes, el Irma, primero, y el María a continuación. Casi repuestos del primero, les sacudió la tremenda ofensiva del segundo, más grande, más potente, más devastador. Yennifer Álvarez, de la Oficina de prensa de la Gobernación de Puerto Rico, valoró las pérdidas ocasionadas por Irma en unos mil millones de dólares, pero las de María



fueron aún peores: 16 vidas humanas y en torno a los setenta mil millones de dólares. Dice un refrán castellano, que a perro viejo todo se le vuelven pulgas. No quisiera que se malinterpretaran mis palabras si algún puertorriqueño lee este artículo, sino que aplique el refrán a la calamitosa situación económica de la llamada Isla del Encanto, que algunos ahora llaman «isla del espanto», y que yo tuve la suerte de visitar en tres ocasiones, la

última en mayo del año pasado. Porque la deuda que asola a Puerto Rico, Estado Libre Asociado de los poderosos Estados Unidos de Norteamérica, se calcula en 120.000 millones de dólares.

Cuando visité por primera vez la isla me dijeron que los huracanes (siempre me ha llamado la atención esta palabra escrita en inglés y su consiguiente pronunciación en este idioma), solían salvar a Puerto Rico porque, por no sé qué circunstancia, viraban a una determinada altura y se encaminaban hacia Florida. Las excepciones que confirman la regla, debo entender, fueron el Irma y el María, y algunos más. Como el Irma, suelen azotar las costas puertorriqueñas de vez en cuando algunos otros huracanes, pero la tremenda furia del María no tiene lugar en la memoria de los puertorriqueños que han cumplido los setenta años, nadie recuerda algo semejante más que apelando a la memoria, a lo que contaban las generaciones que ya no están con nosotros. Valorar las pérdidas económicas sin describir la situación es una información deficiente. Los puertorriqueños, tras el paso de María, quedaron sin luz eléctrica, anuladas las cadenas de frío, para la conservación de medicinas y alimentos, en un lugar donde la climatología tropical no permite distracciones; sin abastecimiento de artículos de primera necesidad como el agua, la comida y las medicinas; con el estancamiento de grandes bolsas de agua y el peligro de la propagación de insectos transmisores de enfermedades; desmondados algunos cementerios con el consiguiente riesgo de convertirse en focos de infecciones... toda la población de la isla sufrió, en mayor o menor medida, los efectos de esta fuerza de la Naturaleza y aún hoy, casi un mes después, sigue habiendo grandes deficiencias para la población, especialmente en las zonas rurales, donde han perdido todo o casi todo.

Hemos visto, a través de los informativos, a los puertorriqueños residentes en Estados Unidos movilizarse para recoger artículos para enviar a la isla. Luego hemos visto la llegada del Ejército de Estados Unidos al aeropuerto Luis Muñoz Marín, de San Juan, para ocuparse de la distribución de ayudas a los damnificados, y hasta al mismísimo Donald Trump visitar la zona.

Los puertorriqueños necesitan ayuda. La comunidad residente en España se ha movilizado, a través de una organización llamada «Puerto Rico se levanta», que opera a través de Cáritas, y con la delegación de Cáritas en Santurce, uno de los barrios más vetustos de San Juan, están coordinando estas ayudas. Han habilitado una cuenta en el BBVA, bajo el nombre de Cáritas y con el concepto de Puerto Rico, y por encima del dinero, o de la comida, que es costoso enviar, lo que más necesitan son las medicinas, que en España cuestan una tercera parte que en Estados Unidos.

Los acontecimientos ocurridos en España por el asunto de Cataluña, y más recientemente, los incendios forestales que han arrasado una parte de Galicia y de Asturias y el norte de Portugal, ha desplazado las informaciones sobre Puerto Rico a un segundo o tercer lugar en los informativos, pero conviene no olvidar que esta isla, que fue española hasta hace poco más de cien años, representa mucho de nuestro pasado, de nuestra historia, de nuestra gente.

Yo no voy a aprovechar el momento para criticar asuntos internos que competen exclusivamente a los puertorriqueños, pero permítanme los lectores españoles que les diga que allí, una moneda de 25 centavos de dólar se llama una peseta; una ensaimada (la comunidad mallorquina es, junto a la asturiana, la más importante de la presencia española), se llama una Mallorca y la señal de stop, palabra inglesa que ya tenemos asimilada en nuestro idioma, allí se escribe «pare».

Cuando yo visité la isla por primera vez escribí un artículo en el que señalé los tres vértices de un triángulo, con el que Estados Unidos mostraba al mundo su hegemonía: el tablero era el Caribe, y el ángulo que representaba la libertad se llamaba Santo Domingo, como exponente de una declarada pobreza; el segundo vértice estaba representado por Cuba, por el comunismo, por la falta de libertades, por la falta de estímulo, por la falta de respeto hacia las personas, y el



tercero de los vértices lo representaba Puerto Rico, Estado Libre Asociado a Estados Unidos, la mayor renta per cápita de Iberoamérica en aquellos tiempos. Mucho han cambiado las cosas, y aquel status es ya pasado. La realidad de hoy es que Puerto Rico arrastra una deuda cuantiosa y necesita que la administración norteamericana le tienda una mano. Su condición de Estado Libre Asociado, ciertamente, no le concede los mismos derechos que a cualquiera de los Estados de la Unión, pero Puerto Rico también paga sus impuestos, con la sangre de sus muchachos en los diferentes conflictos en los que Estados Unidos se ve envuelto por su condición de líder mundial. Allí, en los pueblos de la antigua Borinquen, vi yo por primera vez los árboles con las cintas amarillas, cada una de las cuales simbolizaba a un marine muerto, puertorriqueño por supuesto, tradición basada en la canción de Tony Orlando *Tie a Yellow Ribbon Round the Old Oak tree* (Pon una cinta amarilla en el viejo roble). Pero este es otro tema, otro debate.

Los puertorriqueños necesitan hoy de la solidaridad de todos, por encima o al margen de las administraciones políticas, porque la ayuda es para las personas, cuando éstas han sido víctimas de las catástrofes naturales.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.